
Emilio Lospitao

Itinerario religioso: un testimonio personal

YO TAMBIÉN FUI UN RECITADOR DE TEXTOS BÍBLICOS

Prólogo

*El que busca la verdad corre el
riesgo de encontrarla*

Manuel Vicent (escritor español)

Par comenzar digamos que no existe un ser humano que no tenga algún tipo de creencia (o creencias). Por supuesto me refiero a la creencia en lo trascendente, bien como simple filosofía o personificado en la figura de un Dios. En cualquier caso, sea como filosofía o como religión (de *religar* con Dios) esta creencia conlleva una fundamentación más o menos sistematizada de la misma (razonamiento). La incredulidad es lo opuesto de la creencia, que no carece de una fundamentación también, sistematizada o no. El creyente cree porque encuentra motivos razonables para creer (cualesquiera que sean sus creencias). El incrédulo, por su parte, no cree porque encuentra otros motivos, también razonables, para no creer. Pero esta no-creencia, por paradójico que parezca, es otra manera de creer. La persona “incrédula”, por oposición, “cree” increíble las proposiciones sobre las que el creyente sustenta su fe, cualquiera que sea la creencia de éste. Se sale del propósito de esta reflexión considerar la posición del escéptico o del agnóstico. Esta breve reflexión trata sobre las creencias cristianas. Más particularmente: de mis creencias cristianas (es una reflexión personalista que explica mi punto exacto de mi peregrinación religiosa en la *Iglesia de Cristo del Movimiento de Restauración*). En adelante usaré mayormente el término “fe” en lugar de “creencia”, que, a veces, pueden tener connotaciones diferentes. Esta refle-

xión, por otro lado, puede incomodar al “creyente”, sobre todo si sus “creencias” están tan solidificadas que cuestionarlas le parezca una irreverencia. Si fuera así, mejor que deje esta lectura aquí mismo.

Me aventuro a decir que, desde un punto de vista existencial, existen dos clases de creyentes: los que nacieron en un entorno de “fe” (sus progenitores ya eran creyentes) cualquiera que fuera esa “fe”, y los que llegaron a cualquier clase de “fe” desde la búsqueda individual, independientemente de que, desde la infancia y luego en la pubertad, creciera en la indiferencia religiosa, como fue mi experiencia personal.

En cualquier caso, salvo el conformista, el creyente inquieto toma conciencia del “camino de fe” en el cual está inmerso. Un camino de confianza en un Dios que se le ha “revelado” en las experiencias de su vida, con la intuición de que dicho “camino de fe” es más que un simple cumplimiento de normas y liturgias religiosas. Se siente empujado, y confiado, a dar pasos en el camino buscando conocimientos más profundos, más auténticos y más sólidos, que den sentido y coherencia a la Realidad del mundo en el que vive.

Lo que sigue es la recopilación de dos artículos que escribí para la revista *Restauromanía*, correspondientes a los meses de marzo y de julio de 2013 (núm. 7 y 11). En ellos intenté explicar el recorrido de mi “camino de fe” personal, en el contexto religioso y denominacional que ya he citado. Esta sinceridad, obviamente, ha despertado susceptibilidades en compañeros de milicia, amigos y hermanos en la misma fe. Esto es inevitable. Como inevitable fue andar dicho itinerario. El cambio de perspectivas intelectuales y teológicas es una simple consecuencia del “tránsito” por ese camino. Es una cuestión de honestidad con uno mismo y con el Dios al que un día conociste y abrazaste.

El resultado ha sido llegar a un estado de liberación de los estrechos cercos de una confesión religiosa que se cree la única y exclusiva iglesia de Cristo, cuando a lo sumo que puede llegar a ser es a la “Iglesia de Cristo” como una de las muchas denominaciones existentes en el mundo religioso cristiano. Diferenciar ortográficamente el término “iglesia” (con “i” mayúscula o minúscula) puede parecer paradójico. Pero me refiero como “iglesia de Cristo” a la Iglesia universal, una (y plural), en contraste con la “Iglesia de Cristo” como denominación para identificarla entre otras muchas denominaciones, algunas con el mismo nombre. Lo que quiero decir

es que mi inteligencia no me permite aceptar que unos cuantos miles de creyentes seamos los verdaderos, únicos y exclusivos cristianos del mundo después de más de dos mil años de cristianismo. He encontrado a muchos cristianos fuera de la “Iglesia de Cristo” que son parte de la iglesia de Cristo.

En definitiva, esto no es otra cosa que una autocrítica: una crítica hacia lo que he aprendido y creído, hacia lo que he dejado y tomado y hacia lo que aún tendré que dejar y tomar.

Finalmente, decir que el lector de aquellos artículos, publicados primeramente en la revista *Restauromanía*, puede encontrar algunos cambios en la presente recopilación. Pero el contenido esencial es el mismo.

Primavera de 2014

El Autor

Iniciación

"Antes se pensaba que la tradición era una segunda fuente de la fe, junto con la Sagrada Escritura, y a veces también hoy se piensa así. Pero en realidad, la tradición es la única fuente, porque la Sagrada Escritura es la parte primera y la más original de ese mismo "depósito" acumulado..."

Otro cristianismo es posible
Roger Lenaers

No hay pasos intermedios ni finales sin una iniciación. Aun para las personas que nacieron en un entorno de fe, en algún momento (continuado quizás) fue iniciado en la fe por simple mimetismo, por gestos quizás, por un “abc” iniciático, etc. En el caso de quien llega a la “fe” como el resultado de una “búsqueda” o el “hallazgo” al azar, consciente o inconscientemente, se convierte en un “recitador” de los postulados aprendidos y aprehendidos. La fe siempre cuenta con un marco modelo contextual. Además del hogar, siempre la iglesia, que es comunidad adoctrinante. Por lo que diré más adelante, esta “recitación” se convertirá en una metodología derivada de una concepción absoluta de la Biblia como “Palabra de Dios”. De ahí que el “hijo adoptivo” de la comunidad se convierta en un “recitador de textos bíblicos”. Es así –dirá– “porque lo dice la Biblia”.

No niego que este epíteto (“recitador de textos bíblicos”) tenga cierto matiz peyorativo, y que, por lo tanto, muchos lectores se sentirán agredidos. Lo utilizo, no obstante, con libertad porque con él me represento a mí mismo: ¡yo fui un recitador de textos bíblicos! En principio, el “recitador de textos bíblicos” no es necesariamente una persona “inculta” o “ignorante”; puede ser una persona instruida, incluso muy instruida, tanto académica como teológicamente. La característica principal del

“recitador de textos bíblicos” radica en su hermenéutica, que consiste en la sacralización del texto y, además, el literalismo. Esta hermenéutica fue la que hallé en el contexto religioso donde comencé a dar mis primeros pasos de fe.

Literalismo y sacralización del texto

El “recitador de textos bíblicos” parte del supuesto de que, desde Génesis 1:1 hasta Apocalipsis 22:21, es decir, la Biblia completa, es escritura “inspirada” por Dios palabra por palabra y, por lo tanto, “inerrante”, al margen de cualquier tipo de contexto político, social, cultural...; al margen también de la historia del propio texto, la historia de su transmisión, del hecho de que usa una traducción del idioma en que fue originariamente escrito (Crítica Textual), y del objetivo didáctico y teológico del autor original. Es decir, el “recitador de textos bíblicos” pasa por alto todos los elementos hermenéuticos, y concibe el texto de la Biblia como un escrito salido directamente –como el Corán– del “dedo de Dios”. Luego los textos tienen un valor absoluto en sí mismos.

Desde esta lectura literal se afirma que Dios hizo el mundo en “seis días” de 24 horas y que, como buen alfarero, “formó” (de arcilla) al hombre al cual dio vida mediante “un soplo”; posteriormente hizo a la mujer de un

costado del varón (Génesis 2), que al ruego de Josué “el sol se paró casi un día entero” (Josué 10:12-13), y, en otra ocasión, incluso que “recorrió hacia atrás” su curso (Isaías 38:7-8). Etc. Y todo esto literalmente. Durante un taller bíblico-cultural, cuando hice notar el valor metafórico y, por lo tanto, acientífico, de estos y otros textos de la Biblia, algunos me espetaron: ¡Entonces no podemos fiarnos de la Biblia! Sí, les contesté; podemos fiarnos de la Biblia porque sus libros son el registro escrito que tenemos de los hechos a través de los cuales Dios se ha revelado a la Humanidad. Pero una cosa es que Dios se haya revelado mediante unos hechos —y tales hechos se hayan transmitido por escrito a través de leyendas y mitos, pero con contenidos teológicos y pedagógicos válidos—, y otra cosa es otorgar al texto que los relata un valor científico e historicista. Restarle al texto bíblico este valor historicista y científico, no le quita su valor teológico. Solo para el “recitador de textos bíblicos” la Biblia pierde autoridad si no se puede interpretar literalmente. Pero la verdadera autoridad de la Biblia radica en la correcta exégesis que se haga de sus textos, cuyos géneros y estilos literarios son muy diferentes. La hermenéutica es la ciencia que afrenta el reto de una interpretación correcta de los textos bíblicos, como de cualquier otro texto.

Formación vs Adoctrinamiento

Conociendo de primera mano el “itinerario” teológico que han seguido algunos “predicadores” de las *Iglesias de Cristo* que fueron “formados” en ciertos Centros de Formación Teológica, tengo la percepción —quizás equivocada— de que más que “centros de formación”, fueron centros de adoctrinamiento, con todo el sentido negativo que esta palabra tiene. Los “licenciados” en estos Centros no tienen ninguna culpa. Fueron allí con la sana intención de prepararse para desarrollar lo mejor posible su ministerio vocacional. Salvo excepciones, que las hay, estas personas dirigidas a estos Centros tienen una formación cultural escasa, o muy elemental, sobre todo cuando proceden de estratos sociales muy humildes y, además, de países pobres. Durante el desarrollo de esta formación, y sobre todo después de ella, creen haber adquirido la mejor formación teológica. Algunos incluso creen que es la única mejor formación. Se encuentran bajo cierto desamparo moral e intelectual para percibir que han sido también adoctrinados. En el caso de otros, simplemente se han estancado porque piensan que ya llegaron a la meta, o no desean andar más. Recuperar a estas personas hacia una autonomía de pensamiento para repensar lo aprendido, es una obra de re-educación muy compleja. El drama de esta realidad consiste en que estos “licenciados” están dirigiendo nada menos que la vi-

da social, emocional y espiritual de una comunidad. Solo como ejemplo: en ciertas latitudes estos “licenciados” no se inhiben en imponer el celibato como única alternativa cuando una persona ha sufrido la frustrante experiencia del divorcio, salvo que se reconcilie con su primer cónyuge (que a veces ya está unido a otra pareja), so pena de estar viviendo en “adulterio” según Mateo 19:9. La pastoral propiamente dicha está ausente, se limitan a “recitar” textos bíblicos.

Yo también fui un recitador de textos bíblicos

Esta frase exige que hable de mí mismo. Lo hago con mucho pudor. El pasado simple verbal significa que he dejado de ser un “recitador de textos bíblicos”, pero no significa que me he convertido en un “Séneca”. Simplemente he cambiado mi actitud hacia la Biblia. Este cambio ha sido un proceso largo, lento, pero de progresión continuada hacia adelante. He crecido y he madurado, tanto espiritual como teológicamente, gracias a una bibliografía plural, erudita y formante (no adoctrinante); a título personal, unos; a distancia, otros; y por medio de una literatura especializada al alcance de todos. Creo que una virtud del buen estudiante es estar abierto a desaprender para aprender, por un lado, y ser lo suficientemente crítico como para cuestionar lo que está aprendiendo, por otro. No hay otro camino.

Con el tiempo he descubierto que no tuve la oportunidad de ir a un Centro de Investigación Teológica, institución docente que pocas denominaciones religiosas se permiten tener. Pero estos Centros existen. Centros donde al alumno se le facilita tanto los recursos materiales como humanos para dicha investigación. Toda formación que se precie como tal viene de la investigación, con títulos que lo acrediten o sin ellos.

Pero vayamos al grano: yo también fui un recitador de textos bíblicos; es decir, creía que era suficiente leer la Biblia. Lo que decía la Biblia bastaba. Ciertamente, para esto no hace falta ir a ninguna Universidad ni a ningún centro de formación teológica. Tampoco es necesario hacer cursos a distancia. Ni siquiera pensar. Basta saber leer.

Leer y pensar

Imprescindible leer. Leer primero la Biblia, pero no solo la Biblia. Es necesario leer buenos libros acerca de ella para conocer mejor nuestro “objeto” de estudio. Leer la Biblia para saber el lugar exacto donde se encuentra un versículo que habla de un tema particular nos convierte en un buen “conocedor de la Biblia”, pero no se trata de eso. Se trata de conocer el trasfondo cultural, social, religioso, teológico... de cada libro, de cada texto

de la Biblia. Esto implica leer y estudiar en libros especializados en tales temas.

Imprescindible pensar. Esto significa que la “lectura” hay que analizarla, discernirla, contrastarla... A esto se le llama investigación. El *pensar* nos lleva a investigar, a saber más acerca de algo. Cualquier clase de investigación conlleva un gran riesgo: ¡encontrar la verdad que se buscaba! Si el lector se encuentra a gusto “recitando textos bíblicos”, que no lea otra cosa que la Biblia sola, y mucho menos que piense. Y si no está listo para recorrer todo el camino, que no lo empiece. Pero si no lo empieza se perderá la satisfacción de sentirse más persona, más humano, más libre...

La virtud de *leer y pensar* es que nos saca del búnker de pensamiento único al que nos enclaustra el solo “recitar textos bíblicos”. El resultado de *leer y pensar*, como la fe auténtica, no se puede esconder debajo del almud (Mateo 5:15 -RVR 60). Se hace evidente a la vez que se evoluciona hacia otras cotas de pensamiento. Pero sobre todo, este *leer y pensar*, te acerca a lo auténtico, a la verdad que te hace libre. La “verdad”, que se percibe y se logra por la búsqueda, libera. Y este camino que se hace al andar, una vez andado, es irreversible. Nadie, después de salir de la oscuridad, quiere volver a ella. La luz em-

briaga, eleva a alturas desde donde se puede divisar las auroras que ocultan los opacos muros de la estrechez mental. Yo también fui un recitador de textos bíblicos. Pero de eso ya hace mucho.

El camino que se hace andando...

“Cuando una creencia se instala en nosotros de forma sólida, nuestra mente no tiene en cuenta las experiencias que no casan con ella. Una vez que creemos en algo, tendemos a ignorar las evidencias en contra y aceptamos sólo aquella información que refuerza esa creencia”

Cerebro, Mente y conciencia
Luís Álvarez Varcácel

¿Cómo nos hacemos “recitadores de textos bíblicos”? ¿Cómo llegamos “ahí”? Este “cómo” es complejo, pero creo que existen dos aspectos sin los cuales sería imposible llegar “ahí”: la sacralización del texto bíblico y la interpretación literal que se hace de él. Esta sacralización del texto bíblico hace que, no pocas veces, la fe se tenga puesta en un lugar equivocado: en un Libro en vez de en una persona: Jesús de Nazaret. El Libro es solo un dedo que nos indica a Jesús, pero el “recitador de textos bíblicos” se ha quedado mirando al dedo. Estos dos aspectos, que daremos cuenta de ellos brevemente, están asumidos profundamente por el “recitador de textos bíblicos”. En algún momento temprano de su biografía religiosa los asumió, pero luego no ha analizado el cómo y el porqué de ellos. Quizás porque llevar a cabo este análisis pasa irremediablemente por cierta clase de crisis teológico-intelectual, que en el mejor de los casos es siempre positiva, porque supone reencontrarse con la fe personal para afirmarla, renovarla y enriquecerla. Pero sabemos que este ejercicio puede producir miedo a algunos creyentes, porque dudan de adónde les puede llevar.

Dos maneras de leer la Biblia

Aunque sea una simplificación, me atrevo a decir que existen dos maneras de leer la Biblia, el dedo que indica a Jesús de Nazaret: a) la que surge de la “recitación del

texto bíblico” (sacralizado e interpretado literalmente), y b) aquella otra que se pregunta por qué “dice eso” el texto, que conlleva una lectura crítica y requiere el concurso histórico, social, cultural y teológico como contexto necesario en la exégesis del texto en cuestión. Por supuesto, hay otras maneras de leer la Biblia: la devocional, por ejemplo, que aquí no desestimamos; pero eso es otra cosa. Como ya ha podido advertir el lector, me refiero a la hermenéutica bíblica. Una hermenéutica interdisciplinar.

El tándem histórico-dogmático y dogmático-emocional

Otras interrogantes pertinentes son: ¿cómo se llega a esa actitud de lectura acrítica de la Biblia que tanto marca al creyente, y le sitúa en una actitud defensiva ante cualquier cuestionamiento del Libro sagrado? ¿Por qué se asume la sacralización del texto bíblico y se interpretan sus enunciados literalmente sin más? Creo que las respuestas a estas preguntas radican fundamentalmente en el tándem histórico-dogmático, y dogmático-emocional.

HISTÓRICO-DOGMÁTICO

La sacralización del texto bíblico cuenta con referencias internas, en la misma Escritura, y con referencias externas, en la apología de la historia de la Escritura. Las referencias internas se hallan en ciertos textos bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que los partidarios de la “inerrancia” de la Biblia saben utilizar, a veces, de manera descontextualizada. Esta apología es muy extensa, por lo que aquí solo trataré de las externas. Al estudioso interesado en las referencias internas le recomiendo estas dos obras de la editorial Verbo Divino: Cuaderno Bíblico nº 49: “*La inspiración y el canon de las Escrituras*” de André Paul, y “*Biblia y palabra de Dios*”, de Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro.

Sobre las referencias externas citamos dos hitos: uno, del comienzo de la era cristiana con Filón de Alejandría como protagonista, quien cultivó apropiadamente el terreno para la sacralización del texto, fortalecida luego en los concilios de siglos posteriores. No obstante, a mediados del siglo II, solo había un núcleo de 22 libros del NT y no se consideraba “Palabra de Dios” todavía. Como segundo hito, ya en la Edad Moderna, debemos citar el Concilio Vaticano I que confirmaría absolutamente di-

cha sacralización como reacción frente a la Ilustración, que cuestionaba gran parte de las proposiciones religiosas, especialmente desde la confirmación del sistema heliocéntrico por Galileo Galilei en el siglo XVI.

Primer hito: Filón de Alejandría

Filón de Alejandría, filósofo judío, autor de varias obras entre las cuales se halla un comentario al Pentateuco, es un emblemático paradigma de la sacralización de la Escritura. Fue un gran embajador del judaísmo en el mundo griego. Seleccione estos dos párrafos de uno de los libros citados:

“Filón dedujo dos consecuencias del hecho de la inspiración divina del profeta: Primera: que el hombre que profetiza se ve obligado a pronunciar palabras cuyo alcance desborda todos los límites terrenos: el órgano, la boca, la lengua y hasta la inteligencia; es humano, pero su resonancia es sobrehumana: «Soy yo, le dijo Dios a Moisés, el que te inspira lo que hay que decir, sin la intervención de tu inteligencia; soy yo el que mueve el órgano de tu voz, según lo que es justo y útil; soy yo el que mantendré las riendas de tu palabra y haré cada revelación por tu boca, sin que tú comprendas» (Vida de Moisés, 1, 274). Segunda: que las condiciones y los efectos de la inspiración están dotados de las virtudes y las cualidades

del propio orden divino. Tan sólo el sabio puede ser inspirado y «hay [...] una hostilidad natural entre la conjetura y la verdad, entre la vanidad y el conocimiento, entre la adivinación desnuda de inspiración auténtica y la sabiduría vigilante» (La confusión de lenguas, 159). Por lo que se refiere al profeta, es un «intérprete; Dios le sugiere interiormente lo que ha de decir, y en Dios todo es irreprochable» (Recompensas y castigos, 55). «Dios, que ama la virtud, se hace escuchar bajo las palabras que expresan el bien» (La emigración de Abrahán, 114)”.

“Filón extiende el campo de la inspiración a la versión de los LXX. Esto significa que la Torá original estaba para él verdaderamente inspirada. Los traductores, escribe, “actuaron cada uno bajo el dictado de un invisible inspirador”; por eso dice que hay que llamarlos “no ya traductores, sino hierofantes y profetas, ya que se les concedió, gracias a la pureza de su inteligencia, marchar al mismo paso que el espíritu más puro de todos, Moisés” (Vida de Moisés, 11, 37 y 41). Cuando declara así inspirada la biblia de los LXX, Filón tiene la finalidad de legitimar a los ojos de la nación judía y por el argumento decisivo del origen divino la autoridad de las Escrituras helenizadas. Lo siguieron por este camino algunos padres, como Ireneo, Agustín (La doctrina Cristiana, 11,15,22 y La Ciudad de Dios, XVIII, 42-43). Y otros, en su deseo de repli-

car a los judíos que desacreditaban duramente a la versión de los LXX que habían aceptado los cristianos y la sustituían en sus comunidades por otras versiones, principalmente la de Aquila. Pues bien, a mediados de nuestro siglo XX, y como en un eco lejano, algunos biblistas católicos, como el padre Benolt que propuso una “inspiración de conjunto de los Setenta”, quisieron restaurar esta gran idea patristica, que fue primero una idea filoniana; pero su iniciativa, muy interesante, no consiguió mucho impacto entre los teólogos a los que iba dirigida”. (André Paul, *“La inspiración y el canon de las Escrituras, Historia y teología”*, pág. 9).

Segundo hito: Concilio Vaticano I

El Concilio Vaticano I, en la sesión III del día 24 de abril de 1870, se ocupó en la definición del origen divino de las Escrituras en la siguiente manera:

“Dichos libros del AT y del NT íntegros con todas sus partes, como se describen en el decreto del mismo Concilio (de Trento)... deben ser recibidos por sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos no porque, habiendo sido escritos por la sola industria humana, hayan sido después aprobados por su autoridad, ni sólo porque contengan la revelación sin error, sino porque, habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu

Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la misma Iglesia... Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos los libros de las Escrituras Sagradas íntegros, con todas sus partes, como los describió el santo Sínodo Tridentino, o negase que son divinamente inspirados, sea anatema". (*Biblia y palabra de Dios*, Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro, Verbo Divino- Pag. 228).

Revisión de la infalibilidad e inerrancia de la Escritura: Concilio Vaticano II

Sin embargo, un siglo aproximadamente después, durante el Concilio Vaticano II (1965), en la revisión de la infalibilidad y la inerrancia de la Escritura, se puso en evidencia la disonancia que existía entre los ponentes sobre este tema. Un sector, más conservador al respecto, se empeñaba "en mantener la doctrina de la total exclusión de error en la Biblia". El otro sector, más abierto y crítico, se esforzaba por abrir una "corriente que enfocaba la cuestión desde un punto de vista nuevo: el de la verdad de salvación". Los primeros actuaban "bajo los imperativos inconscientes de una concepción griega de la verdad". Los segundos "pretendían salvar los escollos de una comprensión rígida de la inerrancia". Lo que estaba en cuestión era "el modelo de verdad por el que optaba la Iglesia para explicar la Palabra de Dios." (*Biblia y*

palabra de Dios", Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro, Verbo Divino- pág. 165). Desde entonces, el concepto de la "infalibilidad" y la "inerrancia" de la Biblia es defendido en los sectores más integristas tanto en la Iglesia Católica como en el Protestantismo. Pero, a pesar de esos textos que parecen defender dicha "infalibilidad" e "inerrancia" de la Escritura, en la época del NT la Escritura era un texto más abierto (Mateo 5:21-22—"fue dicho, pero yo os digo"—; cf. Juan 10:33-36). El judaísmo —aún hoy— considera tan rica la Torá que su texto está abierto a todos los comentarios, pues —dicen— la mente humana no puede abarcar todas sus enseñanzas.

No obstante de lo dicho hasta aquí respecto a la infalibilidad y la inerrancia de la Biblia, acepto la doble autoría de los textos bíblicos: divino y humano. Pero lejos de la concepción filoniana, cualquiera que sea la "inspiración" divina, la autoría humana se impone con las limitaciones, los conceptos y la cultura de su época. Es decir, llevaron a cabo su trabajo literario "de acuerdo con su ambiente, con su mentalidad, con su ingenio, con su capacidad" (*Curso de Biblia*, Tirso Cepedal). La introducción de Lucas en su evangelio es un claro indicio de la involucración personal del auténtico autor, que indaga, se informa y busca el dato exacto.

Los reformadores protestantes

Los reformadores del siglo XVI, con breves modificaciones, aceptaron lo fundamental de los principios del Concilio Vaticano I. No obstante, para Calvino, la interpretación de las Escrituras se apoya en la fe, con la cual descubrimos el testimonio interno del Espíritu, que confirma la veracidad de nuestra exégesis. Zuinglio, por su parte, añadirá la conveniencia de cierta competencia filosófica. Lutero se atrevió a decir que la epístola de Santiago era “una epístola de paja”. Pero los reformadores posteriores no siempre se atuvieron a la enseñanza de éstos e insistirán en el principio tradicional tridentino de la inspiración verbal de las Escrituras y de su infalibilidad, es decir, la inerrancia de éstas, dejando el camino abierto al fundamentalismo del siglo XIX.

El fundamentalismo protestante

El llamado “fundamentalismo” protestante nace en los EEUU en el siglo XIX como reacción al deísmo ilustrado sobre el cual se fundamentaba la Constitución americana, separando la religión del Estado y abriendo un camino de libertad en la enseñanza. La Ilustración trajo consigo nuevos conocimientos en todas las ciencias (astronomía, medicina, biología...) que ponía en entredicho los postulados tradicionales de la religión. Los líderes religiosos cristianos de aquella época se sintieron

compelidos a salir al paso ante lo que ellos consideraban un ataque a la Fe y a la Verdad. En 1919 se creó la Asociación Mundial de Fundamentos Cristianos en la que se establecieron los cinco “fundamentos” de la fe cristiana, de ahí “fundamentalismo” (*Los orígenes del fundamentalismo*, Félix Páez Galián. Universidad Complutense de Madrid). Estos “fundamentos” salieron a la luz entre los años 1910 y 1915 en doce tomos con ensayos académicos sobre la Biblia, cuyos puntos principales son: la “inerrancia” de la Escritura, la divinidad de Jesús, su nacimiento de la Virgen, su muerte redentora, la Segunda Venida física de Jesús para iniciar un reinado de mil años en la Tierra, lo que se ha llegado a conocer como el “Milenio”. Desde entonces, el fundamentalismo ha estado vinculado con los “dos aspectos” que aquí estamos revisando: la sacralización del texto bíblico y la interpretación literal.

Una manera diferente de entender la inspiración de la Escritura

Hoy, como se apuntó en el Concilio Vaticano II, y muy lejos del concepto tridentino de la inspiración de la Escritura (“inspiración verbal” para el fundamentalismo evangélico), el concepto de la inspiración de la Escritura no radica tanto en la literalidad del texto (palabra por palabra) como de la verdad que comunica el texto. Así

pues, la exégesis del texto exige de una filosofía hermenéutica que no se inhiba de las condiciones históricas y ambientales de los hagiógrafos, sino, por el contrario, que las tenga en cuenta. La confrontación que se origina entre las formulaciones literales de la Escritura y los postulados empíricos de la ciencia moderna (geocentrismo vs heliocentrismo, por ejemplo) exige una filosofía hermenéutica que libere a la Escritura de una interpretación literal (fundamentalista).

Quienes hemos aceptado esta hermenéutica interdisciplinar no hemos podido por menos que abandonar el fundamentalismo literalista de la interpretación bíblica. Esta actitud abierta a una hermenéutica interdisciplinar, que da cabida a otros enfoques de la realidad, no nos hace menos cristianos; al contrario, nos hace –pienso– más auténticos y más próximos a la Verdad con mayúscula. Es decir, aceptamos la revelación de Dios en la historia, pero no la inerrancia de la Escritura sin más, la cual puede –y debe– ser analizada críticamente.

DOGMÁTICO-EMOCIONAL

La biografía religiosa de una persona está constituida por un itinerario histórico y existencial, como no podía ser de otra manera. Un día esta persona vino a formar

parte de una Familia religiosa concreta, o tomó conciencia de que formaba parte de ella (bien por generación, por conversión o por conveniencia), con arraigo en una “tradición” cristiana determinada (Católica, Ortodoxa, Protestante...) y con nombre propio (p. ej. *Iglesia de Cristo*). En la gran mayoría de los casos, llegara como llegara a esta Familia religiosa, progresivamente o de golpe, fue aceptando el “pack” religioso-teológico completo: la forma del culto, el tipo de alabanza, la forma de orar, los símbolos de la “Santa Cena” (vino con o sin alcohol, pan a trocitos, en forma de galleta, en una sola copa o en varias, etc.), la ofrenda voluntaria o el diezmo, y un sin fin de cosas que previamente no había tenido tiempo para pensar y evaluar. Junto a todas estas “minucias” está la DOCTRINA, con mayúscula (dispensacionalismo, pre-milenarismo, post-milenarismo, a-milenarismo, sentido y propósito del bautismo, la organización de la iglesia, los “sacramentos”, los carismas, y otro largo etcétera).

Pues bien, en la raíz de todo esto está la parte más dogmática. En efecto: la presunción inequívoca de la inspiración verbal y la inerrancia del texto bíblico (la Biblia). Esto se acepta sin dudarlo, sin cuestionarlo: forma parte del mismo y único “pack”. Cuestionar esta parte del “pack” es cuestionar el “pack” completo. En cualquier

caso, rara vez se está en situación moral e intelectual válida para analizar críticamente tal cosa. Aquí no estoy cuestionando la autenticidad y legitimidad de la “conversión” (paso al estado de fe), lo doy por sentado como experiencia válida. Lo que estoy poniendo de relieve es la carencia de información suficiente para que dicho “paso de fe” sea tan autosuficiente como para estar hipotecado toda la vida a dicho “pack”.

Me explico: todo lector ha oído de conversiones singulares, casi espectaculares, como la del periodista y escritor francés Andrés Frossard, ateo convencido. Se dice que entró en una iglesia católica en tal convicción atea, y salió a los cinco minutos convertido en un ferviente creyente. ¿En qué creyó Frossard? ¡Simplemente creyó en el Misterio, en lo Inefable, en lo Trascendente! Pero sin duda, con su fe, aceptó el “pack” completo que le tenía preparado la doctrina católica. Si Frossard hubiera entrado en una iglesia presbiteriana hubiera aceptado el “pack” presbiteriano, o evangélico, o mormón... ¿Estamos obligados a cargar con el “pack” toda la vida so pena de perder el atributo de “fiel cristiano”? ¿No cuenta nada la “verdad” cuando llegar a ésta significa abandonar parte de dicho “pack”?

Obviamente, la catequesis, desde muy temprano, adoctrina muy eficazmente, no importa a qué tradición o Familia religiosa pertenezca la persona en cuestión. Una vez adoctrinada la persona en esa afirmación dogmática, pontificar sobre dicho dogma emerge de manera espontánea y automática. Si ya ha aceptado la sacralización de la Escritura y su atributo “inerrante”, ¿cómo va a dudar o cuestionar sus enunciados? ¡Solo queda su interpretación literal! Y así se cierra el círculo. Ahora lo que queda es pontificar, o sea ¡porque la Biblia lo dice! Lo que quiero decir es que llegamos “ahí” mediante el adoctrinamiento en un estado de desamparo intelectual y moral. En su etapa inicial no es malo, incluso inevitable; pero quedarse “ahí”, en una actitud acrítica ante tantas preguntas lógicas, intelectuales, teológicas, existenciales... es como un suicidio moral e intelectual. Dice el Dr Luís Álvarez Varcácel que “cuando una creencia se instala en nosotros de forma sólida, nuestra mente no tiene en cuenta las experiencias que no casan con ella. Una vez que creemos en algo, tendemos a ignorar las evidencias en contra y aceptamos sólo aquella información que refuerza esa creencia” (Cerebro, Mente y conciencia).

¿Se puede salir de este adoctrinamiento dogmático, y salir ileso en el intento?

Metamorfosis de ida y vuelta

En principio, el comienzo de una vida de fe y compromiso es válida cualquiera que sea esa fe; sobre todo cuando –por la fe en un Cristo que vive– se llega a entender y a vivir la vida existencialmente de una manera distinta a como se entendía y se vivía antes de dicha experiencia. Cuando digo “compromiso” no me refiero a la “fidelidad” a una iglesia, sino al compromiso ético-social sin excepción (salvados para servir en y al mundo). En el camino, esa vivencia religiosa y dogmática ha ido sedimentándose lenta pero de manera efectiva en lo más hondo del ser: ¡se ha convertido en “creencias”, que es lo más personal de uno mismo! Por eso, la “increencia” también es lo más personal del incrédulo. Por estas creencias –que es distinto a la fe–, algunas personas no solo están dispuestas a dar su vida, sino a quitarla a otros en defensa de dichas creencias. ¿Fanatismo? ¡Sí!

Descubrir, con el paso del tiempo, que no todo el “pack” era legítimo ni verdadero, puede abocar, o bien a una crisis de fe irrecuperable, o bien salir fortalecido de dicha crisis si en el camino lo auténtico ha ido limpiándose como el trigo de la paja. A esto último se llama “madurez” (e integridad). Los niños espirituales crónicos no están preparados para afrontar dicha crisis y mucho menos para superarla. Estos se quedan vegetando

en una apacible “vida religiosa”. El estatismo, o es síntoma de infantilismo, o es fanatismo irracional, o está condicionado por intereses, o es indiferencia hacia la fe auténtica y vivida. En cualquier caso, la progresión en el “camino de la fe” no solo es lógica y normal, sino imperativa. Aunque dicho progreso suponga afrontar la incompreensión del rebaño.

Una cuestión de amor propio

Pero, ¿cómo se afronta y se asume el descubrimiento de que el “pack” no era todo auténtico? ¿Cómo se gestiona esa crisis afincada en la realidad religiosa y espiritual, es decir, existencial? ¿Cómo se explica la pérdida de la “paja” por el camino? ¿Cómo se expone (pedagógicamente) el grano de trigo que ha surgido de la limpieza? ¡Esta es la cuestión! Pienso, en el mejor de los casos, que los creyentes que crecen espiritual y, por lo tanto, teológicamente (la teología es el razonamiento de la fe – 1Pe. 3:15), son conscientes de que su vida espiritual, intelectual y teológica, ha sufrido profundos cambios, pero no saben cómo gestionarlos. A estos creyentes les preocupa mucho qué dirán quienes le han conocido defendiendo y predicando lo que ahora revisan, matizan o incluso cuestionan. Les preocupa qué dirán los familiares, los amigos... ¡Y lo único que están poniendo en riesgo es su amor propio! ¡Nada más que el amor propio!

¡Bueno, algunos algo más que el solo amor propio: el sustento material suyo y el de su familia! Pero esto es otra historia.

**